

## CUADROS DE LA HOSTERÍA

### El "búho" y su pareja

Zeus, T. 68, D-11

Cuando llegamos a la hostería en el comedor nos ubicaron en una mesa próxima a la que ocupaba una pareja de jubilados que, según supimos luego, eran ambos viudos, con hijos y nietos, y habían contraído un segundo matrimonio que llevaba ya siete u ocho años.

Tenían ambos entre sesenta y setenta años, y ese día recibieron la visita de una hija del marido, con el nieto varón de ocho o nueve años, y los consuegros.

Nuestro primer contacto con los vecinos de mesa fue el normal, saludos protocolares e, incluso, a la hora de la cena él formuló un pedido de disculpas por el ruido que habían hecho durante la siesta, que quizás nos hubiese impedido descansar, a lo que respondí que no nos había molestado en lo más mínimo.

A partir de allí comenzaron a mostrarse algunas peculiaridades de la pareja, que serán el motivo central de este cuadro.

El apodo de "búho", que aplicamos a la señora, fue posterior y tuvo su origen durante un almuerzo, en el que ella apareció con un par de anteojos grandes y redondos, como los ojos de una lechuza, a lo que agregaba sus pelos cortos, despeinados y levantados, como las plumas de esas aves, y los cachetes flácidos, colgando a los costados de una nariz ganchuda, que en conjunto brindaban una imagen que me despertó el recuerdo de una película de Walt Disney, "Bambi", el gracioso cervatillo que, junto a Tambor (el conejo), Flor (el zorrino), y otros animalitos de la floresta, deleita todavía a los niños.

La cara de esta buena señora era un fiel retrato del nocturnal y sabihondo búho, y tanto mi hija como mi esposa coincidieron en el parecido, por lo que la rebautizamos, aunque su temperamento estuviese muy lejos del que suele atribuirse a ese animal, a quien los griegos utilizaron para representar a Palas Atenea, o Minerva, diosa de la sabiduría y la prudencia<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup>. José María Chico lo utiliza como emblema, y lo sintetiza en su firma.

Por el contrario, el contraste era muy grande, razón de más para mantenerle el "apelativo".

A título de ejemplo les diré que ya la primera tarde comenzó a indagarnos, de manera inquisitiva, por nuestros nombres, apellidos, procedencia, profesión, edades...

En el primer momento, con cierta indulgencia, justificamos su actitud en el hecho de que había sido compañera de estudio, en el Profesorado de Letras, de una de mis tías, y nos solicitó le diéramos saludos de "Lita"; pensamos también que muchas de estas preguntas, aunque impertinentes y demostrativas de la escasa educación de la señora que sin ningún pudor atentaba contra nuestra privacidad, podían pasar como una muestra de la curiosidad -excesiva- que algunos sienten respecto a nuevos conocidos, pero tanto mi esposa como yo nos sentimos algo molestos por la insistencia y el tono inquisitorial en que las formulaba.

Pronto advertimos que la buena señora tenía un carácter fuertísimo, y dominaba a su marido de palabra y también con sus actitudes; en público él, por educación, no respondía, pero por las noches -en la intimidad de su cuarto- estallaban las peleas y en esos momentos descargaba las tensiones del día en enérgicos "basta", "acaba de una vez", "me tienes harto", con un tono de voz que atravesaba las paredes de ladrillo para llegar a nuestra habitación que estaba contigua.

Una de las primeras tardes, que estuvo muy lluviosa y no permitió que nos acercáramos a la pileta, debimos refugiarnos en el comedor, donde encontramos al "búho" y su pareja frente a un tablero de ajedrez.

El "juego ciencia" fue una de las pasiones de mi juventud, pero abandoné su práctica hace muchos años, cuando me convencí de que no debía perder más tiempo con él. Demasiada "ciencia" en algo que no debe ser más que un pasatiempo; si uno desea sobresalir en su práctica debe dedicar íntegramente su vida a estudiarlo, y la malgasta entonces en una actividad que no rinde ningún beneficio a la humanidad, y muy pocos a quien la practica.

Ya en 1951, luego de haberle dedicado muchísimas horas en los diez años que transcurrieron desde que mi madre me enseñó los rudimentos del ajedrez, decidí cortar total y definitivamente; la última partida "seria" la jugué un día de Corpus. Durante bastante

tiempo tuve que recurrir a todas las reservas de mi voluntad para vencer las tentaciones y no pisar más los lugares que antes frecuentaba para practicar el juego: Club Jaque Mate, Heladería Soppelsa, Bar Córdoba... Constituyó una verdadera prueba para mi carácter, pues el tablero ejercía sobre mí un atractivo tan poderoso que el ajedrez se había convertido en un verdadero vicio.

Recién cuando hubieron transcurrido varios años, y hube encaminado mi vida, pude mirar de nuevo un tablero, o acercarme a curiosear una partida, e incluso sentarme enfrente de algún ocasional adversario que insistía en jugar conmigo, sin que sintiese de nuevo la pasión del ajedrez como algo que envenenaba mi sangre.

Muchos me han dicho que eso demuestra que "nunca me había gustado el ajedrez"; ¡cómo se equivocaban! Sólo yo sé la influencia que ejercía en mi alma; me esclavizaba. Despierto o dormido soñaba con aperturas, gambitos, combinaciones o finales; revivía las partidas disputadas, buscando mentalmente nuevas variantes y anticipando lo que haría si volvía a presentarse una situación semejante. Escondía entre mis libros de estudio recortes de partidas clásicas, o de problemas y finales... y los 64 escaques del tablero se habían grabado en mi mente, donde reproducía a ciegas las partidas...

Liberarme de esa esclavitud había sido una prueba de fuego, pero debo reconocer que el ajedrez resultó por ello doblemente útil en mi vida; por una parte me brindó un "método de análisis" de los problemas que uno debe enfrentar, "previendo todas las variantes" y las múltiples respuestas o ataques de los posibles adversarios con que se tropieza; y en segundo lugar, templó mi voluntad, demostrándome que era capaz de tomar una decisión, y mantenerme en ella, por mucho esfuerzo que me costase.

Todos estos recuerdos volvieron a mi espíritu cuando vi al "búho" y su marido frente a un tablero de ajedrez.

Mi hija algunas veces me ha pedido que le enseñe y confieso sin remilgos que no siento ningún entusiasmo por develarle los misterios del juego ciencia, pero que -debido a su insistencia- le he explicado la colocación del tablero (casilla blanca a la derecha) y también la ubicación de las piezas y su movimiento, es decir los primeros rudimentos, y nada más.

Esa tarde lluviosa nosotros íbamos a jugar al "scrabble",

entretenimiento que obliga a aguzar los conocimientos idiomáticos de quienes participan y que es uno de los pocos juegos que agrada a mi mujer; además, para evitar el "disgusto" que sufren los perdedores, nos limitábamos simplemente a formar las palabras, sin sumar los puntos que cada uno obtenía.

Pues bien, tuve la mala idea de preguntar en voz alta, más como una devolución de "cortesías": ¿son ustedes ajedrecistas? El "búho" respondió de inmediato que el marido le estaba enseñando, porque a él le agradaba mucho el ajedrez y concurría diariamente al Club Alekhine a practicarlo, y agregó a continuación:

-¿Usted sabe jugar al ajedrez?

-En otro tiempo lo hice, pero han transcurrido más de tres décadas desde que abandone su práctica.

-No es problema; usted tiene que jugar con mi marido para entretenerlo; a él le va a gustar.

Le comenté entonces que mi abandono del ajedrez había sido definitivo; que estaba totalmente olvidado y, en consecuencia, no me encontraba en condiciones de disputar una partida. Agregué que en otras épocas fui jugador de Primera Selección (categoría que en nuestra provincia configuraba una posición intermedia entre primera y segunda), y también que había llegado a jugar cuatro partidas simultáneas a ciegas, pero que todo eso pertenecía al pasado...

La insistencia con que el búho pretendía obligarme a que jugase con su pareja fue contraproducente, y decidí no hacerlo; retorné a nuestra mesa y nos enfrentamos con Marcelita y Azucena en una partida de "Scrabble". Al terminar el búho se nos acercó para averiguar a qué jugábamos, y nos pidió participar en el juego, mientras mi hija, conversando con la pareja del búho, comenzó a colocar las piezas y, luego de una serie de explicaciones que demostraron que conocía las bases del juego, se encontró disputando una partida de ajedrez; yo, entonces, me levanté y comencé a indicarle a Marcela las jugadas que debía realizar, lo que le permitió obtener un cómodo triunfo que, en mi fuero interno, atribuí al hecho de que el hombre se había descuidado y jugado débilmente para permitirle ganar a Marcela.

Los dejé, pues, solos, en una segunda partida, donde el "adversario" de Marcela desató sus ansias de triunfo, arrollándola y aprovechando todos los desconocimientos de las técnicas de juego, que

afloraban en cada movimiento que realizaba mi gordita. Yo contemplaba el juego desde lejos, con cierta indignación, porque una de las reglas éticas no escritas, propias del ajedrez, que es un juego de caballeros, es no aprovecharse de un principiante, a quien el veterano jamás debe tomar como un contrincante, sino tratarlo como un "aprendiz", e irle mostrando los más arcanos secretos, para que se adiestre y el día de mañana esté en condiciones de combatir como un digno adversario.

Mientras tanto el búho se había inmiscuido en nuestro Scrable, pero se confesaba incapaz de armar un vocablo y vuelta a vuelta me pedía que mirara sus fichas y la ayudase a encontrar solución a sus jugadas, lo que tornaba la partida en un "solitario" desprovisto totalmente de atractivo.

Esta velada tan "agradable" concluyó, felizmente, cuando sirvieron la cena.

Como el lector advertirá, poco a poco las relaciones comenzaban a agriarse, pues a la falta de tacto del búho, exteriorizada en sus inquisitorias, se había sumado el amor propio de su marido, que ansioso de triunfar en una partida de ajedrez, trataba a Marcela como si fuese un veterano jugador, al que no podía disculpársele ningún error, y luego se solazaba con el "triunfo" obtenido.

Me he extendido demasiado, por lo que dejo inconcluso este cuadro, que pienso terminar en una próxima entrega.

CRITICÓN (L.M.E.)